



Claudio Lomnitz

Antropología de la zona de silencio

Conferencias de El Colegio Nacional



Ediciones Era



Preámbulo

Los capítulos reunidos en este volumen son los textos de algunas de las conferencias que dicté en El Colegio Nacional en los años 2023 y 2024. Presento esta selección como el volumen final de una trilogía de análisis de la violencia contemporánea en México. Los dos tomos anteriores, titulados *El tejido social rasgado* (Era, 2022) y *Para una teología política del crimen organizado* (Era, 2023), ofrecen un abordaje al problema. En esta tercera entrega, los ensayos emanan del estudio de caso del estado de Zacatecas, para a partir de ahí darles cuerpo y profundidad a algunas de las ideas que he venido proponiendo.

Este conjunto de ensayos también da los primeros pasos hacia el desarrollo de una geografía social de una zona de silencio. ¿A qué me refiero con eso? ¿Qué es una zona de silencio y de qué geografías forma parte?

La violencia tiene siempre un componente comunicativo que frecuentemente busca producir ya sea alguna modalidad de sumisión o al menos una tolerancia resignada hacia prácticas que, sin el despliegue violento, generan un rechazo decidido. No sabemos demasiado sobre cómo operan estas prácticas silenciadoras, pero sí sabemos que afectan a la población en general, mucho más allá de cualquier objetivo inmediato de tal o cual actor violento.

Así, por ejemplo, el llamado “narcomensaje” que acompaña un cadáver tiene un destinatario específico –algún alcalde, jefe de policía o competidor–, pero la aparición de un cuerpo en la vía pública comunica también cosas a los vecinos y transeúntes o aun a los lectores de la noticia, ninguno de los cuales es destinatario explícito del mensaje. El lenguaje de la violencia tiene un efecto de comunicación difuso que toca a todos sus testigos, directos e indirectos, por más que los asesinos procuren distinguir entre un “verdadero” destinatario y la sociedad en general.



Este efecto difuso conduce a la elaboración de prácticas sociales que buscan contener ese temor, esa sensación de riesgo, rutinas que la gente usa para sentirse más o menos tranquila, incluso cuando vive en medio de un contexto violento. Así, por ejemplo, en una notable etnografía sobre la vida cotidiana en Badiraguato, Sinaloa, la gente de la cabecera de ese municipio no se cansaba de decirle a la antropóloga Adèle Blazquez que el lugar “es tranquilo”, a pesar de los frecuentes asesinatos, robos de mujeres y desplazamientos forzados. Pero el significado de esa “tranquilidad” no es transparente, ya que viene condicionado a que se observen una serie de comportamientos que incluyen no sólo saber por dónde circular y a qué horas, sino sobre todo mantenerse al tanto de chismes y rumores y estar siempre atento a los hechos circundantes.

La atención cuidadosa al rumor es una característica medular de la zona de silencio, pues sus contornos están determinados no sólo por la violencia, sino sobre todo por la comunicación informal que la violencia genera. Pongo un segundo ejemplo para ayudarnos a entender a qué me refiero cuando hablo de la zona de silencio. El 5 de marzo de 2023 en Matamoros desaparecieron a cuatro estadounidenses. Como el suceso era delicado para las relaciones entre México y Estados Unidos, la noticia se publicó en la primera plana de la prensa nacional, así como en las de los principales periódicos estadounidenses. Sin embargo, la noticia no apareció en las páginas de varios de los medios de Matamoros. El periodista veterano Ioan Grillo comentó al respecto en su cuenta de Twitter: “No los culpo; sufren una presión extrema”.¹ En Matamoros, la noticia correría por todas partes, por todos los canales, menos por los medios locales.

¹ Ioan Grillo (@ioangrillo) vía X (antes Twitter), 6 de marzo de 2023: “*The tragedy of journalism in cartel-controlled cities in Mexico. In Matamoros, there's an international story of four Americans being kidnapped. But for some of the city media outlets it's not even on their homepages. I don't blame them. They are under extreme pressure*” [“La tragedia del periodismo



Usualmente, la expresión *zona de silencio* remite a esta clase de casos, y se refiere a localidades o regiones donde el peligro al que están expuestos los medios de comunicación ha apagado el trabajo de los reporteros. Yo también usaré la expresión en este mismo sentido, pero haciendo siempre hincapié en la relación que guarda el miedo con el rumor. Cuando un medio deja de cubrir cierta clase de noticia, ello no necesariamente significa que la gente no se entere de los hechos.

El silencio se guarda como una medida preventiva o profiláctica. Una de mis entrevistadas del estado de Zacatecas expresó esta idea con perfecta nitidez: “Entre menos sabe uno, mejor”. El periódico teme publicar alguna noticia y, ante la incertidumbre, prefiere evitar la publicación. Esto se debe, también, a que cuando la violencia estalla no siempre se conoce su causa, y frecuentemente existen versiones encontradas respecto a ella. El silencio es, entonces, una medida cautelar, que a veces va de la mano de alguna admonición. Dicho de otra forma, el silencio al que nos referimos forma parte de un repertorio de medidas de evasión. No hablamos entonces de un silencio absoluto, sino de un silencio que va siempre acompañado del rumor o del gesto significativo.

Esto significa que la zona de silencio debe ser entendida también como una *zona de comunicación* donde se privilegian el rumor y la creación de micropúblicos informales, integrados por conocidos o parientes. La abundancia de micropúblicos significa también que las interpretaciones encontradas de un mismo hecho proliferan. La zona de silencio se caracteriza, entonces, por una escisión entre la presentación oficial de los hechos y su catálogo de interpretaciones populares. La geografía del silencio se monta

en ciudades controladas por carteles en México. En Matamoros, hay una historia de alcance internacional sobre cuatro estadounidenses secuestrados. Pero para algunos de los medios de la ciudad ni siquiera aparece en sus primeras planas. No los culpo; sufren una presión extrema”].



sobre una lógica cambiante de la violencia en un territorio. Por este motivo, la investigación sobre la geografía de la zona de silencio arroja luz sobre la lógica de la violencia.

Relación con los dos libros anteriores

El pensamiento es algo vivo, atento a la investigación y a la dialéctica. Esa vitalidad se manifiesta en la curiosidad, las dudas, el asombro y la perplejidad. Las seis conferencias que componen este libro cierran el arco de reflexión que he ido exponiendo desde mi ingreso en El Colegio Nacional en 2021, y son ideas presentadas durante los años 2023 y 2024. Los dos primeros ciclos de estas conferencias, correspondientes a 2021 y 2022 y publicados, como ya se dijo, por Ediciones Era, son el cimiento del presente trabajo. Resultaría útil que el lector las conociera, desde luego, pero este libro puede también ser leído de manera independiente, igual que los otros dos.

Este tomo se aparta de los dos anteriores porque la investigación de caso contenida en él formó parte de un experimento pedagógico y de investigación colaborativa, que tuvo como finalidad apoyar los esfuerzos de la sociedad mexicana para ir frenando las desapariciones de personas en este país a través de la formación de un nuevo laboratorio abocado al tema en la Universidad de Columbia, donde actualmente doy clases, y de una colaboración con la Comisión Nacional de Búsqueda de personas desaparecidas y de la Comisión Local de Búsqueda de Personas del Estado de Zacatecas. De cierta manera, los capítulos que componen este libro conforman también un programa de investigación para el laboratorio y, desde luego, una agenda para la discusión pública.

